

REENCUENTRO CON MARIQUITA.*

El destino nos señala con su índice ineludible muchos años antes de que las tragedias se incuben. A veces la capacidad literaria de un familiar determina la apertura del camino hacia una nueva vida, o la ruina de la ya existente.

El libro "Tiene La Noche un árbol", escrito por mi tía Guadalupe Dueñas, hizo que el público viviera el relato con incredulidad y agrado, sobre todo el cuento en que la escritora hablaba de su hermana "Mariquita", la que al morir fue guardada 20 años en una botella, conservando su cuerpo infantil en aguardiente y sosa. Los lectores que me conocían transmutaban el relato a mi persona. Curiosidad, ¡tal vez!, pero buscaban en mis genes el origen de las letras impresas por el genio de la autora. Decían que yo era portadora de un germen extraño que ondulaba ante todo en mis manos y mi mente.

Deseosa de saber si su historia era mentira, fantasía o una cruel verdad, me acerqué a la tía, pero siempre sentí que un muro de niebla nos mantenía separadas, algo me indicaba que no se atrevía a pronunciar una palabra, tal vez un nombre que vagaba en el olvido. En sus cuentos sólo estaba la fotografía nebulosa del pasado. La sensación de un tiempo tirado por caballos fúnebres, trotando en medio de las sombras y la lluvia.

Sus ojos penetrantes, me traspasaban con un horror que hacía que sus párpados se pusieran de rodillas. Adolorida y fría su mirada cruzaba por mi iris, buscando una verdad oculta. Ojos enlutados que atravesaron ráfagas de lluvia hasta llegar a la mansión de la remembranza.

-Si no se hubiera casado mi padre con tu abuela, hubiera sido sacerdote, yo no hubiera nacido y este costal de recuerdos se apoyaría en otra espalda. Tu madre, Lucha mi hermana, en vida se cubrió la cara con las manos, para olvidar el recuerdo que veía en tu rostro.

Pita, dejaba con sus palabras en mi razón, imágenes sueltas. Una y otra vez repetía frases sin darme la clave de lo sucedido. Afuera del recuerdo, las ramas olorosas ocultaban las ramas del duelo, las ramas de la huida. Era necesario buscar las huellas, volverme detective del pasado... que investigara sombras que me dieran la clave de la inquietud que vibraba en mis genes. ¡Cruzaría la muralla del silencio para hablar con los espíritus!

En sueños el origen de mi desconcierto era una sucesión de hechos extraños, rostros desconocidos y palabras no pronunciadas. Me veía librada de la muerte, aquella maravillosa paz del no ser y ya no estar, lejana para mí, pues no podía cruzar la frontera oculta de una noche infantil que me mantenía presa.

Opté por preguntar a las otros hermanos de mi madre, más, ellas, una a una guardaron silencio, aunque Manolo me trataba con cariño y deferencia. Ninguno deseaba concederme aquel espacio para mi desconocido. Juzgaban peligroso prolongar las reuniones en que yo estaba presente y me volvían la espalda. Pita parecía consternada: ¿qué podía hacer sino

esperar el regreso a mi razón, de mis propias memorias? Ella, la soltera, agachando la cabeza, guardaba las manos de escritora que habían hablado a destiempo.

¡Tenía que investigarla!, nuestras pláticas se convirtieron en un campo de batalla de pensamientos encontrados, el calor del sol era insuficiente para ahuyentar los susurros helados, que entraban con el viento, tratando de descubrir el motivo de “SU” regreso en mi persona.

Entre las sombras y la niebla, “SU” silueta familiar ¡en mi!, era recibida por Pita con tristeza. Hasta ahí le llegaba el perfume de los mastuerzos cuando escuchaba la noche oscura mecida por las ramas de los sauces.

Un buen día aquel nombre se le deslizó por los labios: -Mariqu...-, y pronunciándolo, misteriosamente lo detuvo. Me contempló como a un lugar cubierto de silencios. Entonces tuve la sensación de que acechaba algo adverso. ¿De dónde era yo?... de ninguna parte. Se lo dije y me escuchó con asombro, volviéndose de piedra su mirada, más no pudo separar la vista de mis manos.

Sus ojos negros se tornaron febriles.

Estábamos confusas, el perfume del otoño nos recordó nuestra infancia con una precisión aterradora. Las paredes se echaron a reír al vernos tan perplejas pues nuestros cuerpos anunciaron secretos del pasado.

Por fin un día asida de mi mano, tomó la llave y abrió una enorme boca negra cruzada de pasillos cubiertos de libreros colgantes y repletos. Parecía un duende paciente y bondadoso. Llegamos a su estudio, donde la claridad nos recibió sin alegría. Balcones de cristal, madera y madre selvas acechaban nuestros pasos. Los cuadros de antepasados colgaban en los muros, un reloj marcando alguna hora inconclusa y el calendario de hacía cincuenta años. Todo dormía, la calle silenciosa, sensación inquietante... palabras terribles nunca pronunciadas.

Ella explotó diciendo: -Pensé que no vendrías jamás. Antes pudiste ser muy guapa... tal vez inteligente. Creí que no saldrías de la cárcel que alguna vez te encerró. ¡Deja en paz a los vivos!

El silencio calló en la habitación, la luz se fue desvaneciendo, las sombras aumentaron, los olores se hicieron tensos y el aire se volvió irrespirable.

-Mariquita, el sólo sonido de tu nombre parece lanzar un maleficio. Pronunciarlo posee el secreto de la hora muerta...- Parecía que desvariaba, -La mente infantil lo desfigura todo. No le debo hacer caso a mis recuerdos. ¡Tu nunca exististe! ¡Nunca!- Escuché, presintiendo en la habitación algo siniestro. -Mi madre y nosotros nos vimos obligados a vivir con tu espectro... tu no exististe nunca.- Hablaba con un dejo de inocencia, convencida de sus palabras modestas, mientras miraba hacia la calle como si de ella le llegara la respuesta.

-¡Padre!-, gritó, -necesito hablar con alguien... ¡tengo miedo!- Ella pareció escuchar una voz... (-No tengas temor. Es falta de confianza en Dios; pero pon tierra de por medio. Ella no murió, está frente de ti.-) y dirigiéndose a mí, dijo:

-Fue una crueldad... éramos tan místicos... todo era alabanzas al Creador. A ti te tuvimos cercada, presa.

Yo presentí que el recuerdo de Mariquita se interponía entre las dos, por lo que me animé a preguntar: - ¿Por qué me apropias su nombre?

Me miró con tristeza y, muy quieta, me ordenó: -¡No digas tonterías!, ¡Eso ha terminado!, ya no hay que hablar de eso, no hay que hablar.

Guardó silencio, asustada por el camino que había tomado nuestra plática, después de unos segundos dijo, -Te doy un consejo: ¡no investigues nada!- mas luego desvariando repetía - ¡Qué lástima! ...¡Qué lástima!... Tardaste tanto en venir y rondaste tanto mis sueños.- Entonces, se echó a llorar, cubriéndose el rostro con vergüenza.

Era un ser mitológico venido de las profundidades de su averno, yo la miraba fascinada. ¡Pita poseía todos los secretos! Tenía las llaves de aquél purgatorio por el que habían pasado todos los hermanos, una especie de antesala de la muerte, o de la vida. Conocía las miserias y las grandezas de los hombres, sollozaba con lágrimas humildes, incapaz de remediar los males o producir milagros. Sólo era el valioso testigo de tragedias pasadas, condenadas a repetirse, (de ahí sus lágrimas).

-¡Tú no eres nada! Envidias mi grandeza como autora.

De pronto la verdad calló de golpe en mi pecho, comprendí que Mariquita era “yo” en ‘mi propio cuerpo’.

Sudando espanto, sentí caer en un vacío y, sin pensarlo, bajé corriendo el laberinto. Hubiera deseado no conocer jamás, ‘en mí’, aquel reencarno.

Alcancé la calle solitaria y volví el rostro hacia el balcón de Pita, me pareció irreal. Caminé de prisa y escuché otros pasos dentro de mi propio cráneo.

Crucé el parque cuyos árboles parecían personajes con espadas.

Llegué a casa y me hundí en meditaciones sombrías. Siempre supe que, año con año, ‘alguien’ crecía dentro de mí. La cita conmigo misma era sagrada, firmada en el éter, en la nada.

Sombría, admiré mis manos origen de mis desdichas. Moví la cabeza y me crucé de brazos, luego los descrucé para dejarlos caer como dos leños. ‘Nuestra’ mirada se quedó fija en un punto lejano, donde se materializaban personajes del pasado que me habían visitado con frecuencia en pesadillas, dejándome aterrada.

Ahora los invoqué esperando sus palabras.

(-Fuiste la primera hija, la esperada. Sí, Mariquita, el tiempo lava la sangre y los ideales. Eres el edén sumergido en aguas de naufragio.)

Entonces comprendí el silencio de los tíos. Nunca imaginé poder acumular tanto espanto. Escuché al viento nocturno y traté de apaciguar el terror que subía como oleadas por los muros. Me eché sobre la cama y recé. Noté que me temblaban las rodillas, el pánico me ensordecía y continué dando vueltas en el lecho.

Dormida, ¡al fin!, sentí la muda compañía de una piedra grabada con mi historia y, en las últimas horas de una noche extraña, la piedra habló al eco del pasado.

Supe al fin que a Mariquita la habían expulsado de todo lo que amó: familia, casa, pueblo... vida.

Busqué su rostro difuminándose en mi cara... sólo eran visibles sus ardientes ojos verdes afiebrados. Le sonreí, ¡ahora éramos una!, nunca más aquella niña oscura me haría daño, estaba dentro de mí todo, ¡a salvo en mí!

Con simpleza llegó a mi piel aquella noche lejana de otra infancia. YO, Mariquita, yacía en el vitrolero...

Veinte años me tuvieron ahogada y briaga en aguardiente, no dejando flotar mi ser al infinito. No intuyeron mi sensibilidad extrema y, como alimento, me dieron sosa para corroer mis emociones. Fui negada, guardada y oculta en horriblos rincones, cubierta ya de telarañas.

Dicen que mi padre estuvo horas enteras frente a la cunita el día de mi muerte y que nadie pudo convencerlo de que me enterrara. Escondiéndome de las miradas displicentes del mundo, en un pomo de chiles en conserva.

Cubierta por un líquido viscoso, observé la vida diaria todos mis hermanos. Amé desde un principio a Lucha y a Miguel. Temí las travesuras de Manolo. A Carmelita, no la volví a ver desde el momento en que mi espectro marchitó su vida. De mis otras tres hermanas únicamente conocí el sonido de sus voces. Más a Pita, la mayor, la escritora, de tarde en tarde la miraba observarme con curiosidad imaginativa.

¡YO! infundí en su pensamiento un mundo de fantasías que la llevarían a relatar lo extraño, obligándola con la única fuerza que no pudieron embriagar... ¡la fuerza de mi mente! La hice evocar hechos, que luego habría de transformar en imágenes certeras y la confesión de nuestra vida íntima. La presioné a expresar al mundo nuestros sufrimientos. Ella siempre supo que mi espíritu vagaba en la zona del silencio.

Tuvieron que pasar veinte siglos en los que estuve inmersa en el líquido, cautiva. Hasta quedar los últimos tres años en un fango turbio, sentada en el fondo del frasco, aburrida, sin deseos de auscultar el enturbiado paisaje oscurecido.

¡Por fin!, fui enterrada, en una tumba señalada por mastuerzos y como cenit una cruz despidiendo a mi canaria vida. Floté al limbo donde no hubo palomas que arrullaran mi esencia con suspiros, sólo el vacío de niebla que en vapores volaba hasta el corazón nostálgico de Pita, agolpándola de tristezas que vivió entre sueños, cuando reconstruía su soledad y descubría que, 'mi yo niña' ligó su infancia a nuestra muda compañía.

Años después, cuando su hermana Lucha dio a luz a una pequeña niña, entré en su cuerpo y permanecí en letargo esperando el lapso de su crecimiento.

Hoy me recupero en ella, ¡ya soy de cuerpo! Bostezo y rompo el capullo, abro mis alas para emprender el vuelo. Escribo ebria de emociones plagadas de recuerdos, que pesco con el anzuelo de mi ansia estrangulada.

Recurso a Pita, cuyas letras y nombre ya brillan en la historia de mi pueblo. Ambas nos hemos perdonado. Ella, solícita y paciente me escucha apoyando mis deseos. Descubre en mis ojos la exaltación de sus años mozos. No poseo sus virtudes, ni su sapiencia, (tal vez su empeño), mas sí sus inquietudes, pues fui la autora de su necesidad de volcar las emociones en papel impreso.

¡Ahora es ella la que me señala el camino que caminar yo debo!

Voy descubriendo, en sus pláticas, los velos que cubrieron mis rincones y el vitrolero. Siento vivir a través de sus memorias pues estoy viva en los tiempos de sus tiempos. Lloro con ella un llanto parecido y nuestras lágrimas producen distinta sal que condimenta los escritos de sus libros y la ilusión de mi futuro como escritora.

ZMar.

* Todos los datos sobre la vida de Mariquita fueron tomados del libro, "*Tiene la Noche un Árbol*" de mi tía materna: Guadalupe Dueñas de la Madrid.